

Guion de la exposición
Minicurso Newman sobre la muerte
20 de marzo de 2019

Profesor: Santiago Huvelle

0. Presentación

Lo que nos reúne hoy aquí –además de los créditos ECTS –es el deseo de continuar con la conversación del otro día, esa que empezamos con un café hace hoy una semana. Los “minicursos newman” son eso, una extensión del Café Newman. Y como el propio café newman, se nos pide cierta predisposición, cierta actitud que excede lo meramente académico, sin por otro lado excluirlo, pues al fin y al cabo estamos y nos hacemos la pregunta *en* una universidad. Parecería que al tratarse de un tema “existencial” (el amor, la libertad, el sufrimiento, y en este caso, la muerte) pedir una cierta predisposición o actitud de apertura, de interés personal o búsqueda genuina, etc. es pedir lo obvio. Pero en realidad, la gravedad o radicalidad del tema no garantiza en absoluto que nos estemos ante él como deberíamos estarlo. Puede ser que estemos hoy tres horas hablando de la muerte, y en realidad no hablemos de la muerte o ni siquiera la rochemos de lejos.

Decía también que lo de hoy es un retomar la conversación del otro día. Lo es. La diferencia con el Café Newman, es que aquí sumamos otras voces a la conversación, o más bien al revés, pues lo que haremos es sumarnos nosotros a la Gran Conversación, esa que la humanidad lleva sosteniendo desde siempre, desde los inicios. Eso son las Humanidades, el cúmulo de voces sosteniendo una Gran Conversación que nos pertenece por igual a todos.

1. ¿Qué hacer con nuestros muertos?

¿En qué punto está la conversación hoy?, ¿qué sabemos hoy sobre la muerte que no sabían nuestros antepasados? Y aquí, en este punto, se revela nuestra impotencia: no sabemos, esencialmente, nada que ellos no supieran. Incluso podríamos decir que hoy, en el siglo XXI hemos retrocedido en la comprensión del significado de la muerte.

El gesto que funciona como huella arqueológica, como signo de que ya entonces podemos hablar de presencia humana en el sentido en que la podemos entender hoy (capacidad simbólica, pensamiento conceptual, reflexión, anticipación del porvenir, necesidad de encontrar sentido a lo que hacemos)...todo ello lo encuentra el paleo-antropólogo cuando examina unos huesos colocados y preservados en el interior de una gruta, o excavados en la roca, cubiertos de tierra o depositados en cajas de piedra. Ese primer gesto alumbrador (en sus dos

sentidos, de iluminar y parir) de la humanidad, ha sido en nuestros días olvidado, o al menos velado, y su sentido se nos escabulle de las manos.

Si bien no se sabe a ciencia cierta en qué momento el hombre comienza a efectuar esta práctica (si se sabe que especies pre-neandertales realizaban prácticas funerarias, por ejemplo aquí en España se han propuesto teorías al respecto entorno a la Sima de los huesos 400.000 a.C.) es indudable que en el paleolítico medio el *homo* mostraba su perplejidad ante el fin natural de la vida humana, y que esta perplejidad o rebeldía ante lo evidente tuvo mucho que ver con el nacimiento de la cultura y la civilización.

¿Y cómo estamos hoy? Veamos un momento esta escena de una película de culto, de dos de los directores de cine más prestigiosos de la actualidad:

Escena de El Gran Lebowski.

Esta escena, cómica, ridícula, que provoca la risa, es al mismo tiempo triste, trágica y nos habla de una situación nueva, crítica, inmensa en cuanto abre ante nosotros el vacío de una nueva ignorancia, de un olvido imperdonable. *No sabemos qué hacer con nuestros muertos*. En contraste con esta escena desnuda de sentido, me gustaría detenerme en la descripción de lo que sin lugar a dudas constituye uno de los primeros vestigios de comportamiento fúnebre en el paleolítico. Me refiero a la gruta de Qafzeh, hallada en Israel con una datación en torno a los 90.000 a. C.

“Es difícil imaginar las razones que le indujeron a enterrar los cadáveres. ¿Preocupaciones higiénicas? ¿Protección del cadáver frente a las fieras, en señal de afecto? ¿Precauciones por el posible retorno del difunto? ¿Preparación de una morada y sus pertrechos en consideración de una vida más allá de la muerte? ¿Acto de propiciación y deseo de protección por parte del difunto? (...)

Las sepulturas más antiguas que actualmente conocemos son las de la gruta de Qafzeh, en Israel, a las que se supone una antigüedad de 90.000 años. Se han encontrado allí restos de esqueletos de dieciséis individuos, junto con restos de industria musteriense. Destaca en particular el esqueleto de un adolescente, colocado junto al de una mujer, con los brazos doblados y las manos a cada lado de la cabeza sosteniendo la cornamenta de un gran ciervo. Sobre el pecho, fragmentos de huevos de pata y trazas de fuego; sobre la región abdominal un bloque calcáreo. Las piernas se encuentran dobladas. ¿Nos encontramos ante una ofrenda hecha al muerto para que la lleve

con él? Algunos atribuyen al material de esta tumba una particular importancia desde el punto de vista simbólico y espiritual, que se relacionaría con la idea de una vida futura: el ciervo que pierde su cornamenta en primavera y después la regenera podría haber sido, como en algunos pueblos de la época histórica, símbolo de fertilidad e inmortalidad”.

(Fiorenzo Facchini, La emergencia del Homo Religiosus en J. RIES (ed), Tratado de antropología de lo sagrado, vol. 1, Editorial Trotta, Madrid 1995, p. 167).

De aquí podemos extraer algo de luz si somos capaces de respondernos a dos preguntas:

1. ¿Qué puede haber sido lo que llevó al primer ser humano a enterrar a sus muertos? Y aquí buscamos motivos.
2. ¿Por qué realizar un gesto así *ante* la muerte? Y aquí buscamos razones.

1. El autor del artículo que acabamos de leer, se hace la primera pregunta, la pregunta por *los motivos que llevaron a...* y sin duda las posibles respuestas son iluminadoras:

-Respeto (no hacer del cadáver carroña para los animales salvajes). Para que haya respeto debe de haberse reconocido antes, a ese ser, cierta dignidad o sacralidad que lo hace digno de respeto, de cuidado. Aquí se vislumbra cierta absolutez de la persona humana (fin, nunca medio para otra cosa...).

-Retorno al origen, retorno a la fuente de la vida (la tierra, la Madre, la Pachamama).

-Duelo (ayudar a preservar la imagen del vivo).

-Presencia (Al buscar realizar un nuevo modo de presencia, véase el cementerio, automáticamente se sacraliza un espacio).

-Misterio (la muerte como uno de los misterios grandes; no puede transcurrir como un día más, un día cualquiera).

2. Cualquiera de los motivos dados, parece contener en el fondo, una **razón** más profunda. Hay una, sin duda que no podemos dejar de señalar: el carácter de rebeldía que arroja el gesto de enterrar; mucho más rebelde que el gesto de Antígona, pues éste habla de nuestra negativa ante lo evidente, ante una “ley” de la

naturaleza, ante lo que nos parece una injusticia inmensa¹, y esto provoca la mayor de las perplejidades, ¿por qué es una injusticia? O mejor:

¿qué se nos debe que la muerte venga a incumplir?

Esta es la pregunta que no podemos olvidar ni un momento a lo largo de este breve seminario: por qué la muerte nos pone en pie de guerra.

El fenómeno de la muerte en los primeros sistemas religiosos.

Si en el paleolítico medio (Qafzeh) o incluso en el inferior (Sima de los huesos) hay constancia de una conducta simbólica, cultural por parte de los homínidos ante el fenómeno de la muerte, dicho fenómeno ocupará un lugar central en el comienzo de la civilización humana. Se podría decir que las grandes civilizaciones (Valle del Indo, Mesopotamia, Egipto) nacen como respuesta, como gran acto de rebeldía ante la muerte, y ello por el papel preponderante que tendrá en la religión, el culto, la visión del mundo y la literatura.

EGIPTO

Es por todos sabido la importancia que la muerte y la vida del más allá tuvo en la civilización egipcia. Hasta el día de hoy sobreviven aquellas enormes tumbas de piedra que son las pirámides. La energía, el inimaginable coste económico, de tiempo, riquezas y vidas humanas que hay detrás de la erección de tales monumentos no puede pasarnos desapercibido. El culto funerario egipcio no tiene parangón en ninguna otra cultura de la antigüedad. Era uno de los momentos centrales de la religión, en un principio reservado al faraón (para garantizar su inmortalidad) y después extendido al pueblo (primero la aristocracia, con el tiempo también otras capas sociales). Tenían la idea de que la conservación correcta del cuerpo (momia) garantizaba la bienaventuranza en la otra vida.

Muchas de las inscripciones halladas en el interior de las pirámides constituyen encantamientos, conjuros y maldiciones, para proteger al muerto de saqueadores y profanadores de tumbas. Los textos sagrados que nos han llegado de la religión egipcia tratan del viaje del alma después de la muerte. El libro de los muertos, que

¹ Como dice el protagonista de Niebla, la novela de Unamuno: “Y si es la nada lo que nos está reservado, hagamos que sea una injusticia esto”.

es una guía para el alma. Y el texto de las pirámides, que es una versión exclusiva para el Faraón.

El libro de los muertos.

- Instrucciones para evitar la segunda muerte.
- Instrucciones para conservar los cadáveres.
- Fórmulas mágicas.
- Importancia de conocer el nombre del dios, porque así se puede ejercer un dominio sobre él.
- Capítulo 125: Ante Osiris, pero en la cámara doble de Ma'at (vida o muerte). Juicio según el peso de su Ma'at (pluma, o el ojo de Osiris, que también simboliza la ma'at) y su corazón en una balanza. Idea de un peso de las acciones del ser humano (consecuencias). Confesión negativa y positiva. He practicado la ma'at, soy puro.
- Tot consigna el resultado del juicio, y proclama a la persona "justificada" (ma'akeru o "voz de ma'at) o condenada, siendo en este caso devorada por un monstruo.

Textos de las pirámides, dedicados casi exclusivamente al Ascenso del Faraón.

- Idea de que el faraón, engendrado por Ra-Atum, no puede morir. Incluso el cuerpo no conocerá la corrupción (momificación).
- Viaje celeste del faraón como pájaro (halcón, garza real, oca salvaje), escarabeo o langosta.
- Los vientos, las nubes, los dioses le ayudan.
- Antes de llegar a "los campos de las ofrendas" o de los cañaverales, el faraón tiene que pasar distintas pruebas:

Tiene que pasar un lago y el barquero funciona como juez. Tiene que haber observado las purificaciones rituales. Responder a fórmulas estereotipadas. Hacer un alegato en su defensa. También tiene que usar la magia, o incluso las amenazas. Pide ayuda a los dioses o a los sicomoros entre los que se eleva el sol.

- Recepción triunfal por el dios sol, y se envían los mensajeros que **anuncian su victoria sobre la muerte**. En el cielo sigue recibiendo homenaje de los
-

súbditos y dando órdenes. La familia y los altos dignatarios son las estrellas, llamadas “los glorificados”.

Pues es precisamente en esta religión estructurada en torno al fenómeno de la muerte donde tendremos una primera reacción existencial. En un momento histórico de caos, de desorden social (llamado primer período intermedio, entre el Imperio Antiguo y el Imperio Medio), se sucede una crisis religiosa sin precedentes. El Faraón ha perdido su prestigio (es el garante del orden y la riqueza, si ocurren calamidades, van mal las cosechas, o el enemigo arrasa el reino, es culpa del Faraón) y ya no es capaz de garantizar el orden del reino. Se profanan tumbas (la gente robaba las tumbas para luego adornar la propia con las mismas riquezas, papiros protectores, etc.), incluso la de importantes nobles o faraones. Comienza a haber un clima de escepticismo y nihilismo brutal, impensable para la época. Testimonio de este clima nos lo transmite el *Cántico del Arpista* (siglo XXI a. C.):

“Bueno es este destino, que los cuerpos disminuyan y fenezcan, mientras otros quedan, desde los tiempos de los antepasados, los dioses que ya antes fueron, que reposan en sus pirámides, nobles y gloriosos difuntos por igual, sepultados en sus pirámides.

Los que edificaron sus templos funerarios, ya no existe su lugar. Ved lo que allí ha sucedido. Las palabras escuché de Imhotep y Hardedef, célebres como sentencias tuyas. Ved allí sus lugares. Derruidos están sus muros, sus lugares ya no existen, como si nunca hubieran existido. **Nadie regresó de allá para explicarnos cómo fue su partida, para explicarnos cuál fue su destino, para dar contento a nuestro corazón hasta el momento en que hayamos de partir hacia el lugar al que ellos marcharon.** Anima a tu corazón a olvidarlo, complaciéndote en **seguir tu deseo mientras vives.** Pon mirra sobre tu cabeza y vístete prendas de fino lino, rodeado de lujo espléndido, cosas en verdad propias de dioses. Aumenta tus placeres, y no languidezca tu corazón. Busca tu bien y tu deseo y ordena tus asuntos en la tierra conforme al mandato de tu corazón. **Ya te llegará el día del lamento, cuando el de corazón silencioso no oye su lamentación y el que yace en la tumba no se entera del duelo.** Celebra el día alegre, no te preocupes del resto. **Mira, ningún hombre se lleva sus bienes. Ciertamente, ninguno de los que marcharon allá ha regresado”.**

Toda esta “sabiduría” sobre la muerte y el más allá es desechada. No podemos vivir hipotecando nuestra vida a una posible existencia más allá.

MESOPOTAMIA

En la religión mesopotámica (síntesis sumerio-acádica) encontramos la primera obra maestra de la literatura universal, la *Epopéya del Gilgamesh*. En este poema se nos narra la historia del héroe mítico Gilgamesh. La historia parte de los excesos de este legendario rey de Uruk: es un déspota que viola a las mujeres y las hijas de su pueblo, e impone durísimos trabajos y castigos a los hombres.

“Gilgamesh no deja el hijo a su padre; Día y noche es desenfrenada su arrogancia. ¿Es éste Gilgamesh, el pastor de la amurallada Uruk? ¿Es éste nuestro pastor, osado, majestuoso, sabio?

Gilgamesh no deja la doncella a su madre, ¡La hija de guerrero, la esposa del noble! Los dioses escucharon sus quejas. Los dioses del cielo del señor de Uruk ellos...”

El pueblo, cansado del tirano, pide a los dioses que pongan fin a su suplicio. Los dioses entonces, enviarán a un hombre-bestia capaz de enfrentarse y derrotar a Gilgamesh:

“Enkidu atrancó la puerta Con su pie, Impidiendo que Gilgamesh entrase. Se asieron uno a otro, Enlazados con fuerza, como toros. Destrozaron la jamba, Mientras el muro se estremecía. Gilgamesh y Enkidu. Se asieron uno a otro, Enlazados con fuerza, como toros; Destrozaron la jamba, Mientras el muro se estremecía. Cuando Gilgamesh dobló la rodilla - Con el pie en el suelo - Su furia se aplacó Y se volvió para alejarse”.

En Enkidu, este formidable luchador, Gilgamesh encuentra un igual, alguien en quien se re-conoce. A partir de este reconocimiento, el tirano de Uruk se abre a una realidad nueva, transfigurada: encuentra un amigo. Dice una de las tablillas, previendo el encuentro de los dos amigos, cuando todavía no se conocían más que de oídas y de historias: **“Su corazón se ilumina, ansía un amigo”**.

Lo que viene a continuación de este combate es la reconciliación y la forja de una amistad verdadera. Enkidu y Gilgamesh saldrán de Uruk a la búsqueda de aventuras, venciendo monstruos y derribando obstáculos, llevando a cabo acciones heroicas. Pero entonces les sucederá una desgracia. A la vuelta de una aventura, la diosa Ishtar (diosa del amor y de la guerra) se fija en el rey de Uruk y le pide que se case con ella. Gilgamesh la desprecia, y en venganza, el padre de Ishtar, el dios Anu,

envía una bestia mítica, un “toro celeste” que arrasa y destruye el ejército de Gilgamesh. Enkidu, sin embargo, sale a socorrer a su amigo, y consigue sujetar al toro por el rabo, de tal modo que Gilgamesh pueda atacar a la bestia y matarla. En medio del éxtasis, Enkidu arranca una pierna al toro muerto, y se la arroja a los pies de la diosa Ishtar, a la que cubre de insultos. La victoria de los dos héroes no puede ser mayor. Y en ese punto culminante, ocurre la caída. Esa noche, Enkidu sueña que ha sido maldecido por los dioses. Por la mañana cae enfermo para morir al cabo de doce días. El mundo se derrumba ante Gilgamesh. Oíd su lamento ante el lecho de su amigo muerto:

“¡Nosotros que vencimos todas las cosas, escalamos los montes, que prendimos el Toro y lo matamos!, ¡Afligimos a Hubaba, que vivía en el Bosque de los Cedros! ¡Cuál es el sueño que se adueñó de ti? ¡Me ignoras y no me oyes!

Pero no abre sus ojos; Toco su corazón, pero no late.

Entonces veló a su amigo como una desposada [...]. Arrebatado cerca de él como un león, como una leona privada de sus cachorros”.

Con la pérdida del amigo, esto es, sólo cuando Gilgamesh ha amado, ha salido de ese mundo ensimismado del hombre sin amor (un mundo volcado en sí mismo, en el disfrute, en el “consumo” de los otros, en entablar relaciones y puentes con el mundo exclusivamente en función de lo que puedo encontrar que me satisfaga), solo entonces la muerte se revela como punto de quiebre, como una injusticia y espanto ante la luz de una vida hasta entonces con sentido.

El otrora orgulloso rey de Uruk, el poderoso, altivo e impío Gilgamesh, de repente se convierte en una sombra de lo que había sido. Y una pregunta comienza a pesar en su corazón:

“¿Acaso no voy a morir yo también como Enkidu?”

El resto del poema se convierte en una búsqueda que todavía hoy no ha terminado: **la búsqueda de la inmortalidad**, de la victoria sobre la muerte.

Lo que narra el poema a continuación es sumamente significativo. Gilgamesh sorteaba una serie de dificultades en su camino hacia la inmortalidad, a la búsqueda de Utnapishtim²; dificultades todas en las que pone en juego su vida, y antes de llegar, debe hacer frente a una tentación más peligrosa que “los hombres-escorpión que matan con la mirada”: Gilgamesh se encuentra con la ninfa Siduri, que intenta convencerlo de renunciar a su búsqueda, en un tono que nos recuerda al Cántico del Arpista egipcio:

² Es el único hombre que, según el mito mesopotámico del diluvio, ha alcanzado la inmortalidad.

“Cuando los dioses hicieron a los hombres, asignaron la muerte a los hombres y se guardaron la vida para sí. **Tú, Gilgamesh, hincha tu vientre y goza de día y de noche. Haz de cada día una fiesta y danza y retoza día y noche**”.

Sin embargo, a diferencia del Cántico del Arpista, el mensaje de la ninfa es una tentación: censurar el deseo, cancelar la búsqueda y tildar de “absurdo” el anhelo humano de vencer la muerte, son una voz que el hombre que ha mirado el mundo junto al amigo del alma se niega a oír. Contra todo discurso “realista”, Gilgamesh prosigue en su búsqueda. La clave para entender qué es la muerte no la da la vida sin más, y sino la vida transfigurada por el amor. Sólo el que ama opone resistencia y espera la victoria.

[Descanso]

2. La muerte y el origen de la cultura.

El tema del amor y la muerte, *eros* y *thanatos* para los griegos, es el tema por excelencia de la literatura de todos los tiempos. Desde Homero a Dostoievski, pasando por Dante y por Shakespeare. Una de las obras cumbres de la literatura universal, donde este tema aparece tematizado y desarrollado en profundidad, es en *El Banquete (Sympósion)*, para algunos el Diálogo más bello y acabado de la obra de Platón.

El contexto de esta obra es un banquete que organiza Agatón de Atenas (poeta trágico) en su casa, después de haber triunfado en las Leneas³. Acuden algunas de las personalidades más importantes de la vida ateniense (cultural y política). El tema que los congrega es Eros, el dios griego del amor erótico. Y es en este contexto, en donde Platón introducirá, a través de Sócrates y la enigmática Diotima, sus reflexiones sobre el infinito anhelo humano que se expresa en el amor; anhelo o deseo que explica la vida humana como respuesta incansable del hombre por superar la muerte.

Durante el banquete se irán sucediendo los discursos sobre Eros. Ya en el primero de ellos, el discurso de Fedro, aparece el tema que nos ocupa, *eros-thanatos*. Fedro representa la sabiduría mítica, religiosa, sobre Eros. Es el conocedor de los mitos y sobre ellos teje su discurso. En él, recuerda el mito de Orfeo, y lanza una crítica terminante sobre este héroe mítico. Después de recordar la ejemplar acción de Alcestris, dice:

³ Fiesta celebrada en Atenas en honor a Dioniso, que incluía representaciones teatrales que competían entre sí.

“En cambio, a Orfeo, el hijo de Eagro, lo despidieron del Hades sin lograr nada, tras haberle mostrado un fantasma de su mujer, en cuya búsqueda había llegado, pero sin entregársela, ya que lo consideraban un pusilánime (...), y no se atrevió a morir por amor como Alcestris, sino que se las arregló para entrar vivo en el Hades” (Banquete, 179d).

Orfeo no es capaz de salvar la muerte porque no ama, porque ama poco. Amar de verdad, dice Fedro, es entrar en la muerte. Sólo empezamos a vivir cuando empezamos a vivir para el otro, la muerte, aquí, empequeñece. ¿Pero qué significa todo esto? Tendremos que esperar al discurso de Diotima para aclarar, un poco, esta cuestión.

Diotima comienza relatando un mito, el del nacimiento de Eros. Lo que el mito nos revela de Eros –ese demon, hijo de Poros y Penía, hijo de la abundancia y la miseria –es que él mismo es un anhelo, una tensión hacia aquello que le falta: belleza, perfección, plenitud, bondad.

Eros es, en primer lugar un deseo apasionado. Como pasión que es, es pasivo, es decir no se trata de un impulso espontáneo que nace de nosotros hacia fuera, sino que es fundamentalmente, una respuesta, un despertar ante una realidad que impacta o hiere. ¿Cómo se produce este impacto que “hiere y despierta”? Por la belleza. Es la belleza aquello que nos despierta a la realidad, aquello que atrae y nos arranca de nosotros mismos y nos hace ponernos en camino. Siempre la belleza nos muestra una realidad como novedosa, siempre asombra, no conseguimos acostumbrarnos a ella. Y es novedoso porque eso que es bello lo es en presente, existiendo de una forma que parece llevar a plenitud aquello que puede ser.

El enamorado no está ciego, sino todo lo contrario: es el único que ve bien, que ve al amado en sus perfecciones (y destaca un rasgo físico, o un rasgo del alma, de su forma de ser) que tal vez los demás no lo vean.

A partir del despertar del eros, entonces sí, entonces salimos en su búsqueda, y ya no aceptamos la situación anterior a ese despertar. Diotima expandirá el concepto de Eros cuando señale que este amor incluye todos los “amores”, como puede ser cualquier cosa que nos *apasiona*. Y es que esto que nos apasiona, lo que despierta en nosotros es un anhelo de bien.

Se trata pues, de un reconocimiento de algo valioso, que merece ser salvado. Cuando esto es una persona, el anhelo de salvar a quien manifiesta un valor sin parangón se intensifica infinitamente. Esto es lo que expresa aquella frase de Gabriel Marcel: *amar es decir: tú no morirás jamás*.

El amor descubre la aparente desproporción entre nuestro deseo y la realidad. Nos descubre como seres capaces de desear, querer, anhelar de modo absoluto. Así dirá también Diotima:

“el amor es, en resumen, el deseo de poseer **siempre** el bien” (206b).

Es el carácter absoluto de nuestro deseo *apasionado-despertado* lo que explica según Diotima la fecundidad del amor, o el hecho de que el amor auténtico es siempre fecundo, “procreador en la belleza”. Esto es, en otros términos la razón última del poder creador del espíritu humano:

“Impulso creador, Sócrates, tienen, en efecto, todos los hombres, no solo en el cuerpo sino también según el alma, y cuando se encuentran en cierta edad, nuestra naturaleza desea procrear. Pero no puede procrear en lo feo, solo en lo bello. La unión de hombre y mujer es, efectivamente, procreación y es una obra divina, pues la fecundidad y la reproducción es lo que de inmortal existe en el ser vivo, que es mortal. (...) Por esta razón, cuando lo que tiene impulso creador se acerca a lo bello, se vuelve propicio y se derrama contento, procrea y engendra”.

Además de esta fecundidad en el amor “según el cuerpo”, Diotima afirmará que todo lo que hacemos movidos por la pasión (estudiar las hormigas, construir edificios, hacer películas, inventar cosas, etc.) es el modo en que el hombre responde a ese anhelo inmortal de bien y belleza que el amor le ha revelado. Su “dejar huella” a través de los hijos, de una vida ejemplar, de una empresa que he puesto en marcha, de un libro, de un diseño innovador, de una vida dedicada a atender a enfermos y necesitados, etc. etc., no son sino un desafío a la muerte y su posibilidad definitiva y terminante. Diotima seguirá acabará su discurso afirmando que solo una vida tocada, transformada⁴ por Eros merece ser vivida.

⁴ El enamorado, el afectado por Eros, es aquél que es capaz de verse tocado por este esplendor de las cosas, esto es, tocado por la belleza que irradian las cosas. Y al ser afectado por una, aunque sea ínfima, esta “engendrará en belleza”, inspirará, y abrirá a otras realidades, a su modo y en su ser propio, también bellas. Y de este modo uno empezará a despertar al mundo, y captar y conocer mejor aquella realidad que lo ha “tocado”, y otras, y si sigue en vía de la profundización de la belleza, ascenderá a las realidades cada vez más ricas en el ser, y por lo tanto, más bellas también. Unas llevarán a otras, y así podrá uno ascender hasta entender que esta jerarquía de seres que me llevan cada vez más alto se detienen en aquello que es causa de toda belleza y todo ser: Belleza en sí, que en Platón se identificará con la Idea de Bien. Por participación de la Belleza en sí, todas las realidades son bellas, y si nos atraen lo hacen porque son reflejo, símbolo, de esta Belleza en sí. Por *amor-deseo de unión*, uno buscará asemejarse (ser semejante a, ser uno con) a aquella Belleza en sí, y entenderá que para conseguirlo debe imitarla (mímesis) y hacer de su vida, en el máximo grado posible, una vida bella, una obra de arte. La contemplación de la Belleza en sí, transforma, de esta manera, la vida.

Sin embargo, no podemos dejar pasar que la inmortalidad que ansía ese amor que nos hace realizar la vida y el mundo humano, es solo una “imagen”, una copia, un reflejo de la idea de inmortalidad, según la conocida doctrina platónica de las ideas o esencias puras. ¿Qué pasa con este mundo de acá, con esta carne, con estos cuerpos, con todo este mundo transfigurado pero también efímero y caduco?

Al final, nuestro amor, ¿puede realmente con la muerte? ¿No es solo un deseo vano, una proyección, una ilusión que nos creamos para poder soportar la inminencia de la muerte? ¿Y qué pasa con mi muerte? ¿Hemos respondido a esto?

3. ¿Una estética de la muerte?

Debemos hacer un paréntesis aquí. Llevamos ya mucho dicho sobre la muerte, pero, ¿realmente hemos dicho lo esencial? Y más importante todavía, ¿cómo hemos recibido todo esto, cómo estamos parados nosotros ante los “discursos” de la muerte?

Leamos un momento este texto de Kierkegaard:

“Por ejemplo: morir. Yo sé al respecto lo que la gente en general sabe, que si ingiero una dosis de ácido sulfúrico muero, al igual también que si salto al agua, o me duermo en una nube de óxido de carbono, etc. Sé que Napoleón siempre tenía consigo veneno, y que Julieta en Shakespeare lo tomó, que los estoicos consideraron el suicidio una acción valerosa, mientras que para otros se tiene por una cobardía. Que uno puede morir por una ridícula insignificancia, y que el hombre más serio no puede dejar de reír ante la muerte; que uno puede evitar una muerte cierta, etc. Yo sé que el héroe trágico muere en el quinto acto, y que la muerte adquiere de este modo una realidad infinita en el pathos, pero que carece de ella si quien muere es un embotellador de cerveza. Sé que el poeta, en el sentimiento, varía la noción de la muerte hasta lo cómico: yo me comprometo a producir en prosa la variedad de efectos del mismo sentimiento. Además, yo sé lo que los curas suelen decir, conozco los temas habituales que se tratan frente a la sepultura. Si no hay nada más que impida acudir a la historia del mundo, entonces estoy listo, pues solo necesito adquirir un paño negro para una sotana y pronunciaré el discurso fúnebre tan bien como cualquier cura (...).

Sin embargo, téngase en cuenta que a pesar de este saber poco común y de esta destreza para el saber, yo no puedo considerar en absoluto la muerte como algo que haya comprendido. De ahí que, antes de pasar a la historia universal, sobre la cual, no obstante, siempre debo decir:

«Dios sabe, sin embargo, si esto te concierne a ti», me parece que sería mejor pensar sobre ello, para que la existencia no se burle de mí por haber llegado a ser tan erudito como para olvidarme de comprender lo que alguna vez me sucederá a mí y le sucederá a cada hombre – alguna vez, digo, pero pongámonos en el caso de que la muerte es tan p rfida como para presentarse mañana –. Ya esta incertidumbre, al ser un existente el que debe comprenderla y mantenerla, y justo por ser susceptible de ser pensada a propósito de cualquier cosa, y por ende incluso a propósito de mi comienzo en la historia del mundo, hace que llegue a ser evidente para mí la importancia de comenzar por algo que merezca la pena comenzar, por si la muerte llega mañana; ya esta incertidumbre alienta dificultades increíbles sobre las cuales el orador ni siquiera repara (...). Si la muerte es siempre incierta, si yo soy mortal, eso significa que es imposible que dicha incertidumbre sea comprendida en términos generales, a no ser que yo sea también un hombre tal que lo sea en términos generales. Pero no soy a pesar de todo así”.

4.  Es el amor más fuerte que la muerte?

Ain't no grave, can hold my body down.